

Un alto precio del cobre no es una maldición La economía neoliberal contra el sentido común¹

Un crecimiento económico alto y unos precios del cobre en los cielos generan un efecto evidente sobre la gente común y corriente. Estas se preguntan ¿No será la hora de una política fiscal más justa? Los pingüinos de mayo del 2006 dijeron “El cobre por los cielos y la educación por los suelos”. Esta fue mucho más que una ingeniosa consigna. Expresaba una paradójica y, a ratos, insultante realidad. La Concertación de Partidos por la Democracia no resolvió bien esta cuestión. Me temo que la actual coalición de gobierno tendrá aún más dificultades.

Prueba de lo anterior es la forma como se enfrentó el reajuste de los empleados públicos. Lo que pedía la Anef era completamente razonable, y el gobierno no se allanó y terminó forzando una votación que dejó a todos con un sabor amargo en la boca. Hacienda da buenas razones para haber actuado con tan excesiva prudencia fiscal. Menciono dos. Primero conservar las cuentas fiscales ordenadas, pues arrastramos un déficit generado el año pasado por paliar la crisis económica externa. Ahora es el tiempo de comenzar a gastar menos. La segunda razón es evitar el famoso “mal holandés”. Hacienda sabe que si quiere financiar reajustes más generosos, si no aumenta impuestos, deberá recurrir a una fuente de ingresos extraordinaria: el precio del cobre. Pero meter más divisas en la economía nacional traerá una crisis mayor en el sector exportador. Sobre esta última cuestión quiero volver a reiterar una vieja inquietud que nos golpeó en la cara el 2006.

El Premio Nóbel de economía Joseph Stiglitz explica el “mal holandés”.² Este se identificó “en la década de 1970 y en los primeros años de la década de 1980 tras el descubrimiento de petróleo en el Mar del Norte. La razón residía en que la afluencia de dólares como pago por el petróleo y el gas del Mar del Norte condujo a unos tipos de cambio elevados; con estos tipos los exportadores holandeses no podían vender sus productos en el extranjero y las empresas locales tenían problemas para competir con las importaciones”.³

El mal holandés de los ochenta contagió a nuestro Chile, que mal que mal, se conoció como el “Flandes indiano”. El alto precio del cobre, genera miles de millones de divisas. Estas, al convertirse en moneda local, producen la caída del valor del dólar. Se hace más barato importar y más caro exportar. Como es sabido, el sector de los recursos naturales genera pocos empleos, por lo que la cesantía aumenta ante la crisis de los sectores internos de la economía. Si bien es cierto, ahora es más barato comprarse un auto coreano o un plasma japonés, hay que tener trabajo e ingresos para ello.

¹ Sergio Micco Aguayo. Abogado, máster en ciencia política y doctor en filosofía. Profesor del Instituto de Asuntos Públicos de las Universidades de Chile.

² Que en realidad se debería llamar “mal venezolano”. El economista Luis Eduardo Escobar me dice que este se detectó en nuestro vecino país, a fines de la década de los cuarenta, cuando el alto precio del petróleo empezó a perjudicar a las exportaciones venezolanas distintas al oro negro.

³ Stiglitz, Joseph: **¿Cómo hacer que funcione la globalización?**; Taurus; Buenos Aires, Argentina; 2006.; pp. 196

Los exportadores agrícolas chilenos se están quejando de su “mal holandés” y piden “terapia *chilensis*”. Exigen al Banco Central intervenir. Este dice que aún no es el momento. En el intertanto, el gobierno sabe que si inyecta en la economía nacional más de los dólares recibidos por el alto precio del cobre, la situación empeorará para los exportadores.

Es por ello que Hacienda se niega a usar las enormes reservas fiscales para aumentar no sólo el reajuste de los empleados fiscales, sino que para dar mayores presupuestos públicos en salud, educación, infraestructura productiva, ciencia y tecnología, etc. Es terriblemente injusto pues al gobierno se le pide que haga algo que a los privados no hacen. En efecto, se observa una explosión de un consumo privado del cual nos vamos a arrepentir en el futuro. Pero nadie escuchar esto último. La tonada de moda es ¡¡Viva el consumo que trae crecimiento económico!! Paralelamente el Estado no puede, a través de políticas fiscales más activa y monetarias más expansivas, garantizar de mejor manera los derechos sociales y los desafíos productivos. Se le exige apretarse el cinturón. Cosa que al sector privado nadie puede imponer, salvo a través de muy limitados y costosos instrumentos como son el alza de las tasas de interés. Sobre este punto volveré al final.

Para los legos todo esto aparece muy bizarro, contrario al sentido común. Si tenemos tantas necesidades insatisfechas y tantos desafíos para alcanzar el desarrollo, sobrándonos divisas, ¿por qué no invertir las en desarrollo social y productivo? ¿No es más lógico gastar dinero en esto que en una gran fiesta del consumo que terminará mañana con una resaca que sufriremos cuando nos despertemos rodeados de sofisticados e inútiles objetos de consumo y los llamados a ajustarse el cinturón, ahora sí que en serio? Esto me recuerda lo que dijo un historiador. La economía es una ciencia lúgubre.⁴ Lo es por dos razones. La primera es que siempre nos recuerda las restricciones que nos impone la realidad. Todos recordamos al profesor de economía con aquello que “los recursos son limitados y las necesidades infinitas”⁵ Es ciencia lúgubre además porque concibe a la persona como un ser poseído por una irrefrenable voluntad de poseer y de alcanzar el máximo provecho con el mínimo esfuerzo. En este debate, estas dos características entran en conflicto. “Quiero consumir más” dice el ciudadano común. El responsable economista, con la razón de su parte y como celoso guardián de las reservas, le dice que no puede, pues debe postergar sus gratificaciones ahorrando.

Nuestro buen economista Stiglitz propone distintas terapias para atacar el “mal holandés” y reconciliar economía con sentido común. Así sugiere gastar en importaciones sólo parte del dinero que proviene de estos recursos y mantener el resto en el extranjero bajo la fórmula de fondos de estabilización. Noruega, país en el petróleo genera casi el 20 por

⁴ Van Doren, Charles: **Breve historia del saber**; Planeta; Barcelona; España; 2007

⁵ Por cierto una vez dije esto en Punta Arenas y un profesor me dijo que si me parecía que en Magallanes los recursos eran escasos. Agregó además que las necesidades no son infinitas. Sí lo son los deseos que son otra cosa.

ciento del PIB y el 45 por ciento de las exportaciones, ha creado un fondo de estabilización de 150.000 millones de dólares (50 por ciento del PIB del país).

Los chilenos, alumnos aplicados, lo hicimos a partir del 2006. Mediante la Ley de Responsabilidad de ese año, se creó el Fondo Reservas de Pensiones y el de Estabilización Económica y Social (Fees) El valor de mercado de estos fondos, al 29 de octubre del 2010, son respectivamente de 3 917 millones de dólares y 12.987 millones dólares. Fue una sabia decisión que nos permitió inyectar miles de millones de dólares para enfrentar la crisis del 2008 (Pero creo que tal esfuerzo fiscal fue tardío para el crecimiento económico que no tuvimos como podíamos en los años anteriores; para la unidad de la coalición de gobierno del 2008 y para los resultados electorales del 2009. Pero esto nos remite a otra lúgubre ciencia: la política)

Lo que nos propone Stiglitz es sabio, pero tiene evidentes problemas. El principal es que Chile sigue siendo un país en desarrollo y extremadamente desigual. La legitimidad de sus instituciones políticas está cuestionada, entre otras razones, porque no han sabido enfrentar el desafío de la redistribución de la riqueza tras veinte años de democracia. Democracia de calidad y desigualdad persistente no se llevan bien. Como indiqué esto ya produjo tensiones políticas y sociales no menores que explican, en parte, las divisiones políticas y la derrota electoral de una muy responsable coalición de gobierno llamada Concertación de Partidos por la Democracia.

Ahora le está tocando a la Coalición por el Cambio lidiar con este problema. Pero tiene varios problemas adicionales. Anoto tres: a) El paso del tiempo. Los ciudadanos sabios pueden esperar y mucho, pero no para siempre. Así nos lo hicieron saber los secundarios del 2006 y las nuevas clases medias del 2009. No quieren esperar más y reclaman derechos sociales y de calidad a servicios públicos que no tienen los recursos adecuados para darlos; b) Las expectativas creadas por el cambio. Recordemos las promesas de campaña y del 21 de mayo como el salario ético familiar, la devolución del 7% a los pensionados, la promoción de un tipo de cambio estable y competitivo, la duplicación de la subvención escolar, en fin. Las palabras no se las lleva el viento, particularmente en política; y c) La existencia de una oposición social más fuerte. La Concertación no está en el gobierno. A ella le corresponde canalizar las demandas de los postergados de siempre y ya no estará constreñida por la disciplina de Hacienda y la Dirección de Presupuesto. El propio Presidente del Partido Socialista, para explicar su extraño desempeño en la tramitación del reajuste, terminó actuando más como representante gremial que actor político.

Por ello Stiglitz acaba de reiterar en su visita a Chile que en países subdesarrollados deben “financiar sus gastos locales –por ejemplo, en maestros o trabajadores para la construcción de carreteras- con ingresos obtenidos localmente, por ejemplo, **a través de impuestos**, guardando los dólares ganados en la venta de los recursos naturales para adquirir bienes de importación necesarios o para el futuro”.⁶ Hemos subrayado la mención a los impuestos, pues esta es una forma concreta de evitar desequilibrios fiscales, sacar dinero de la economía y reinyectarlos con un sentido social y productivo. Las políticas keynesianas de

⁶ *Ibidem*; pp.198

ayer y de hoy nos demuestran que el dinero que se sustrae de los más ricos se saca del consumo internacional, conspicuo y muy concentrado. Luego el fisco podrá redestinar esos dineros a desarrollo productivo y social que nutrirá el mercado local, en artículos de primera necesidad y servicios que generan crecimiento económico.

Concluyo esta larga digresión simplemente constatando que el último consejo de Stiglitz muy difícilmente será escuchado por este gobierno. Ojalá me equivoque. Mientras tanto, seguiremos escuchando a ciudadanos de a pie que no entienden que altos precios del cobre son un mal y que una economía como la chilena, que crece de nuevo, no puede ser más justa con quienes generan esa riqueza.